

tra el gobierno, para adherirse a Álmonde que, en compañía del padre Miranda, de Castellanos, Guevara, Samaniego, González y Antonio Haro y Tamariz, se trasladó a Orizaba, y quien nombró al novel infidente, jefe militar y político de Córdoba.

Veracruz, Alvarado e Isla del Carmen secundaron el pronunciamiento; pero como era de tan escasa significación y estallaba a la sombra de los invasores, no produjo en estos un júbilo muy profundo. Sin embargo, vino en parte a estimularlo la rendición del cabecilla reaccionario José María Gálvez que después de acogerse a la amnistía otorgada por el Presidente Juárez al desembarcar los invasores, iba a ofrecer su colaboración al general Lorencez. El júbilo de los irruptores sentíase estimulado con esta rendición, no obstante las lastimosas condiciones en que se hallaba la tropa del doble infidente.

Los estrafalarios individuos que la formaban, confesaron a los suavos que con ellos entablaron conversación en Orizaba, que la falta de sueldo y de comida les había empujado a pasarse al campo francés. "Los zuavos, relata el príncipe Bibiesco, tuvieron lástima de ellos y dividieron sus provisiones con sus enemigos de la mañana, de tal suerte, que, cuando se les llevó la orden para que entrasen en la ciudad, se les encontró con el **cuartillo** en la mano, mojado un pedazo de pan blanco en una excelente mezcla de café con aguardiente de caña. ¡Qué desilusión la de verse arrancados de semejante regalo! — La tropilla entró en la población y comenzó el desfile. — No fué largo; pero no habríamos dado por la más bella revista en el Campo de Marte el espectáculo de aquellos hombres vestidos de anchos pantalones abiertos de un lado, desgarrados en su mayor parte; de chaquetones de cuero, raídos y agujereados, que algunos cubrían negligentemente con un sarape multicolor; de aquellos guerrilleros con anchos sombreros de fieltro armados, al parecer sin molestia, de lanzas que no tenían todos sus hierros, o de malos mosquetones. Montada en flacas cabalgaduras la caballería de Gálvez, desfiló **orgulosamente**, seguida a manera de cola de columna, por las mujeres del escuadrón y los bagajes. Era la retaguardia".

El príncipe dice que la contemplación de semejante chusma, le indujo a las más melancólicas reflexiones sobre la importancia de un partido, el aliado de la intervención extranjera,

que a duras penas y pasado un cuatrimestre de activa propaganda, no acertaba a presentar sino tan miserable grupo.

En cambio, la incorporación de la deplorable chusma, colmó de optimismo el pecho de Lorencez, que el 26 de abril escribía al ministro de la Guerra del pequeño Bonaparte: "Tenemos sobre los mexicanos tal superioridad de raza, de organización, de disciplina, de moralidad y de elevación de sentimiento, que suplico a V. E., se sirva decir al Emperador que desde ahora, a la cabeza de sus 6000 soldados, soy dueño de México. — Profundamente sentiría que las correspondencias oficiales o particulares hubiesen apartado al Emperador de sus proyectos sobre México, y hecho vacilar al príncipe Maximiliano en aceptar la corona que S. M., quería ponerle en la cabeza. Cada día me convenzo más de que la monarquía como ya he tenido la honra de escribirlo a V. E., es el solo gobierno que conviene a México, y estoy igualmente seguro de que en muy pocos años, este país, bien gobernado, gozará de una prosperidad inaudita".

¡El iluso!

FIELES AL COMPROMISO CONTRAIDO LOS ESPAÑOLES SE ALEJAN DE ORIZABA PARA QUE ZARAGOZA LA OCUPE.

Fieles en cambio los españoles a la obligación aceptada, evacuaron la plaza de Orizaba, que el general Zaragoza apresuró a ocupar.

Pero Lorencez, que ya había asumido el mando supremo de las fuerzas de su país, después de argüir, para pisotear los convenios, los fútiles pretextos y las odiosas falsedades que ya conocemos; salió de sus posiciones en Paso Ancho, donde había concentrado, para emprender la marcha hacia Orizaba, el 19 de abril.

Otro escritor francés, Imbert de Saint-Amand, emite sobre el perjuro, este juicio que es digno de recordación:

"Quedaban ya solas las tropas francesas para llevar a efecto los planes y proyectos acariciados hacía tiempo por el emperador. Para no dar pretexto a que se dijera que se rompía abierta e injustamente con los preliminares de la Soledad, el general Lorencez abandonó sus acantonamientos en Tehua-

cán y retrocedió con sus tropas a Córdoba, dejando algunos centenares de enfermos en Orizaba bajo la salvaguardia de la lealtad mexicana; pero no tardó en avanzar nuevamente bajo el especioso pretexto de que aquellos enfermos estaban amenazados por el enemigo y que sería imprudente por su parte dejarlos expuestos "a los excesos de un ejército indisciplinado y de jefes sin escrúpulos". Hay que advertir que los enfermos estaban perfectamente tratados en Orizaba, y de ello pudo convencerse Lorencez cuando en su nuevo avance volvió a penetrar en aquella ciudad".

Favre, al tener conocimiento de la innoble acción, peroraba así con inocultable amargura, en la capital francesa y desde la tribuna de la asamblea legislativa:

"Sólo me permitiré decir en nombre de mi país, que los sentimientos caballerescos esenciales a su carácter, se concilian poco con semejantes actos, y que no es el talento de eludir los tratados por lo que la Francia se distingue en la historia".

AL HOLLAR EL EJERCITO DE NAPOLEON EL PEQUEÑO, LOS TRATADOS, LORENCEZ HABIA ASUMIDO EL MANDO

Por ser de justicia, debe hacerse hincapié en que, al ser perpetrada la violación, que dejó impresa una indeleble impronta de ignominia en los invasores franceses; ya Jurien de la Gravière, prefiriendo regresar a Francia para sincerarse, a ponerse nuevamente a la cabeza de su escuadra, había hecho entrega a Lorencez, del manto supremo de las fuerzas expedicionarias.

Pero como quiera que fuese, también el marino había dado por rotos los compromisos, y el estigma que con sólo esto maculaba las banderas de su amo Napoleón III, ni los deterioros más eficaces acertarían a desvanecerlo.

Baldón, que, en último resultado, no era sino la consecuencia lógica de aquel séptimo influjo que el régimen del sobrino del Gran Corso, ejercía sobre cuanto llegaba a ponerse a su alcance.

Pero si Lorencez, aunque habiendo atropellado un pacto solemne, sentía la necesidad de cubrir las apariencias, de bus-

car justificación a un hecho injustificable; su colega Dubois de Saligny, en cambio, con el mayor desplante desconocía todo valor a lo que su firma autorizaba, y con esto exhibía la inaudita bajeza de su carácter y la insolente desvergüenza de los procedimientos adoptados, sin el menor sonrojo, por el gobierno de Napoleón III.

La respuesta del degradado diplomático, saca a la luz esa total ausencia de escrúpulos: "Una vez retiradas las potencias —dice el historiador Pérez Verdía—, quedó Francia sola patrocinando la causa más injusta, y aunque se había dicho que el **honor militar** influía en aquella campaña, el comisario Saligny no quiso retirarse de las poblaciones que había ocupado por permiso condicional del gobierno mexicano, y no obstante las reclamaciones que le hizo el ministro Doblado. Declaró que su firma valía tanto como el papel en que estaba puesta, y faltando al honor y a la lealtad, dejó tras de sí las fortificaciones que se habían levantado para impedirle el paso, influyendo esto muchísimo en el éxito de aquella guerra.

DE TODAS PARTES BROTA CONDENACIONES CONTRA LA INFIDENCIA SIN PRECEDENTE.

Aún el mismo conde De Kératry, cuya animosidad contra los patriotas alcanza en ocasiones arranques de hiperestesia, no puede menos de escribir: "Después del rompimiento de la convención de la Soledad, las tropas francesas, reforzadas con tres mil quinientos hombres traídos por el general Lorencez, comenzaron las hostilidades. La línea del Chiquihuite no fué repasada, como lo quería la convención de la Soledad. Esta violación de la palabra dada fué un mal principio, y produjo un efecto deplorable. Un pueblo civilizado, que se jactaba de llevar a una nación casi bárbara el respeto del derecho y de los compromisos contraídos, comenzaba por hollar una promesa solemne. Fué una doble falta. Además de disminuir el prestigio de nuestras fuerzas, abrimos los primeros las puertas a la traición. Por otra parte, los mexicanos se imaginaron, y en su lenguaje fanfarrón repitieron a competencia, que los franceses habían tenido miedo de devolverles la posesión de la garganta del Chiquihuite; "posición formidable que no habríamos podido atravesar segunda vez", según suponían, "si hubiera sido defendida por los dignos hijos de Cortés"... "El buen dere-

cho, esta vez más pareció ponerse del lado de los mexicanos, que no dejaron de explotar entre los pueblos, nuestro olvido de los tratados".

El general Prim, aunque discretamente, como a un amigo de Napoleón III convenía, aludió también, desde la tribuna del Senado español, a la abominable ruptura de aquella cláusula de los preliminares: "Este artículo, declaró el conde de los Castillejos, no se cumplió por los comisarios del emperador de los franceses; pero no es tiempo de anatemizar este hecho, **único en los anales militares desde que el mundo es mundo.** Por lo demás, este artículo se puso por el comisario español para calmar los recelos del ministro de la República, señor Doblado, y a los que digan que la condición de retirarse debió haberse dejado a la hidalguía de los aliados, les contestaré con los hechos ocurridos, **pues si habiéndose firmado, no se cumplió, ¿qué habría sucedido si no se hubiera firmado?**".

EL CRIMINAL PERJURO COLOCA AL INVASOR EN EXTRAORDINARIA SITUACION PRIVILEGIADA

Así era como el ejército de Napoleón el Pequeño correspondía a la magnanimidad del gobierno de la República; el que, para librar a los invasores de seguir siendo diezmados por las mortíferas enfermedades tropicales, que quizás hubieran bastado para aniquilar el embrión de la guerra; permitióles salir de zonas poco menos que inhabitables para los europeos.

La inaudita infidencia dejaba pues a los expedicionarios en posesión de puntos estratégicos que de otra suerte nunca hubieran conseguido capturar, o, en todo caso, no lo consiguieran sino a costa de esfuerzos sobrehumanos y de pérdidas incalculables en hombres y en material de guerra.

Esa ruptura de la fe jurada, tácitamente relevaba a los defensores del territorio nacional de observar en lo sucesivo aún las más rudimentarias reglas de la caballeridad, hasta entonces en vigor entre ejércitos combatientes. Pero, digámoslo para nuestra satisfacción como mexicanos, si la perfidia fué casi siempre distintiva de los extranjeros al servicio de Napoleón III —y los que de aquí se les incorporaron, nunca les iban en zaga—; ya veremos cómo los auténticos liberales que sin

elementos de ningún género organizaron la defensa de la patria, hasta vencer con su denuedo, con su perseverancia y con su probidad, a intrusos y a traidores, pueden jactarse de haberse apegado sistemática y estrictamente a las más rígidas normas de la lealtad y del honor.

Hacemos punto omiso, como es natural, de esos políticos y de esas bandas armadas oportunistas, proliferación fatal e ineludible que se produce a la sombra de toda contienda intestina; y que, en la que ocupándonos viene, no estaban sino al acecho del sol que más calienta y que, perpetrando toda suerte de tropelías, pasábanse de un bando a otro alternativamente, sin más afán que el de saciar impunes los más bajos instintos que las lanzaban sin descanso al crimen y al despojo.